

del *Libro de la sabiduría*, cualquiera cosa que á frailes se refiera, la cual vendría más conforme en cualquier tratado de *Porquerología* ó *Arte de vivir á costa del prójimo á título de moruecos del rebaño de Cristo*, en que no todo han de ser ovejas ó borregos.

CXV

Después de leer que Dios no hizo la muerte, creo yo honradamente, que se puede leer impávido el más enorme disparate, si es que semejante á este se pudiera inventar alguno. Creo también que, después de ver pasear tranquilamente á los frailes grises por el muelle de Santander, se puede ver también sin asombro la cosa más estupenda, sucia y repugnante de la tierra. Curados, pues, de espanto, continuemos la lectura del *Libro de la Sabiduría*.

Que emplea su segundo capítulo en describirnos los pensamientos de los impíos, palabra enrevesada y de muy diversos sentidos, que á trochemoche emplean los católicos; pues, si impío es el que, como dice este libro, exclama:

«Venid, pues, y gocemos de los bienes, que son, y usemos de la criatura á toda prisa como en la juventud. Llenémonos de vino precioso, y de perfumes, y no se nos pase la flor del tiempo.»

Encuentro muy santo y muy prudente, y muy oportuno el discurrir de los impíos, y cien codos más sabio que el tonto discurrir de esas beatas prematuras, que se dejan pasar la juventud en sandeces eclesiásticas, y cuando quieren recordar que son mujeres, se encuentran pellejos, sólo aprovechables entre presbíteros, que han de apéchugar con cualquier cosa, por aquello de que «el que no tiene más, con su madre se acuesta.»

Más si los impíos dicen, como dice este mismo libro:

«Oprimamos al pobre justo, y no perdonemos

»á la viuda, ni respetemos las canas del viejo.»

Declaro que ese impío se parece como un huevo á otro huevo, á muchos católicos, apostólicos, romanos, á quienes ni el bautismo, ni la confirmación, ni la penitencia, ni el matrimonio, ni la extrema unción, ni el orden; ninguna en fin, de esas zarandajas que llaman santos sacramentos, desligaron de su propia y natural condición de canallas, algunos de ellos graduados de licenciados en presidio y otros de doctores en el palo de la horca.

Después de hablar de los impíos, el *Libro de la Sabiduría* los muestra cargados de malos propósitos hacia el justo, hacia todo hombre justo, quiero decir, pero en su afán de sacar las pesetas á todo bicho viviente y el tuétano á cualquiera antigua sandez, la Iglesia católica quiere que aquí se entienda hecha una sublime profecía respecto á la vida aperreada y muerte infame del Hijo de Dios, personaje fantástico, hacia el cual poquito á poco nos vamos acercando, y respecto al cual es una verdadera olla de grillos el conjunto de los pareceres de aquellos inocentísimos barones que han tomado en serio los partos de las vírgenes; punto que se tratará, si la vida y el humor me ayudan, en su lugar oportuno. Por ahora, baste con que, profecías como esta, en que leo: «por cuanto Dios hizo al hombre inextimable», puestas á la venta, en buen papel y á bajo precio, podrían servir para ciertos usos generales de limpieza doméstica.

Tras la profecía tonta, la moraleja majadera, esto es, la sogá tras el caldero, ó, detrás de la cruz, el diablo. Hela aquí para perpetua vergüenza del que la escribiese:

«Mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo. Y le imitan á él los que son de su partido.»

Aviso á los señores defensores y panageristas de la pena de muerte, que según aquí dice, son

partidarios del diablo, y, sin embargo, casi todos ellos van á misa puntualmente y se confiesan con los padres jesuitas.

En el capítulo III de este *Libro de la Sabiduría*, llegan las sandeces á la tercera potencia de un espiritualismo perfectamente intiligible. Según el cual, unos justos, que no se sabe quiénes son, gozan la inmortalidad y juzgarán unas fantásticas naciones de ultratumba, al tiempo que unos impíos, que el Papa dice que son cuantos somos autipapispas, y el Gran Turco cuantos no le llevamos nuestras hijas al serrallo para que le rasquen las pantorrillas, serán cruelmente castigados. Aquí veo los primeros lineamientos de una gloria y de un infierno que han producido y producen aún muchos millones y multitud de gahnápiros en el mundo católico, por los cuales, no doy yo dos perros chicos; quiero decir, del infierno y de la gloria, no de los gahnápiros católicos, que de balde, resultarían pues lo que les falta de caletre lo tienen compensando generalmente en unos estómagos que embaulan una hogaza de cada sentada.

De los impíos, dice: que son una raza maldita; que sus mujeres son insensatas; que sus hijos son perversísimos. Y ahí tienen ustedes, caballeros, como la impiedad viene á ser cosa hereditaria, como las escrófulas y las herpes, y por consecuencia, irremediable en boca de estos sabios teólogos de tres al cuarto, que en su afán de disparatar, llegan á la brutalidad de las castas, sobre las cuales escribe esta sentencia despiadada la *Sabiduría*.

«¡Porque los remates de la raza inicua son muy acerbos!»

¡Pobrecitos hijos de los presidiarios y de ciertas familias reales, si esto fuera cierto! Por fortuna, es jarabe de pluma, como esto otro:

«Que el eunuco tendrá don escogido en el templo de Dios.»

¡Horror! Los capones... cantando visperas. Sigue el sabio barbarizando en el capítulo IV, donde la emprende con los hijos bastardos de quienes dice:

«Porque los renuevos bastardos no echarán hondas raíces, ni asentarán firmeza estable.

»Porque los hijos, que nacen de inicuos sueños, »testigos son de la maldad contra los padres, »cuando se les pregunta.»

Ni hay duda en que estos versículos, como todos los de este libro, están escritos con una elegancia de estilo tan propia de los griegos como desconocida de los bárbaros hebreos, ni tampoco en que esta cruel doctrina es contraria á la razón y á la experiencia. La razón enseña, que los hijos no son responsables de las faltas de sus padres. La historia nos dice, que cien bastardos, aun dentro de la preocupación católica, valieron mucho más que sus hermanos legítimos. Ahí está Enrique de Trastámara, que destrona y asesina á Don Pedro el Cruel y funda una dinastía poderosa: ahí está Don Juan de Austira, á quien su hermano legítimo Felipe II no alcanzaba á descalzar el zapato. Pero no debo yo, que tengo corrientes en cuantas generaciones mías conozco, las correspondientes partidas de bautismo, el que debe ofenderse de estas teorías del Espíritu Santo respecto á la legitimidad y las bastardías. Oféndanse las casas reinantes, oféndanse la masa de la aristocracia, en cuyas generaciones hay cada gazapo tamaño como un carnero; gazapos que la Iglesia de Roma cazó y despellejó, tanto, que aun de las pieles de ellos gastan los Papas sus zapatillas. Y, por fin, que los hijos del intríngulis formen causa al Verbo Divino, que yo, con sacar á la vergüenza las barbaridades bíblicas, cumpla mi compromiso con los lectores.

Asi como á los hijos bastardos los pone de chupa de dómine, á los justos los trata con mimo el desconocido autor de la *sabiduría*. Con todo,

reconoce ingenuamente, que la mayor parte de estos bolonios, á quienes designa con este nombre de justos, no teniendo cosa importante que hacer en la sociedad, se van tempranito al Paraíso, donde el Padre Eterno debe estar soberanamente aburrido, al verse rodeado de la infinidad de caras estúpidas que han de andar allá en el séptimo cielo cantándole hosanas y aleluyas.

Respecto de cuyos simplicísimos varones, dice, en son de elogio y con helénica elocuencia el Espíritu Santo.

«Mas el justo, aunque fuere antecogido de la muerte estará en refrigerio.»—(El refrigerio este para mi vecino, advirtiéndole que vivo en la plaza de Oriente).—«Porque la vejez venerable no es duradera ni la computada por número de años, porque las canas de los hombres son sus sentimientos.—Y la edad de la vejez es la vida sin mancilla.»

Dice un amigo mío íntimo, y si no lo dice él, lo digo yo, que da lo mismo, que los sabios son los que han discurrido los mayores disparates del mundo. Prueba evidente de ello son las palabras transcritas, originales del pretencioso libro que se titula de la *Sabiduría*. En todo tiempo y país, el sentido común había declarado respetables y hasta venerables las canas, en razón á su blancura, pues por algo llega un hombre á viejo, y no por ser borracho, pendenciero, glotón, lujurioso y otros excesos. Hablo en tesis general; que viejos hay bien pícaros; dígalo sino algún jesuita que yo conozco, á quien ya se le caen los pantalones de puro maduro. Pero era preciso que el Espíritu Santo inspirase á alguien, para que ese alguien, contradiciendo anteriores inspiraciones, que declaran la senectud digna de todos los respetos, soltara la sandez de que se debe averiguar qué casta de pájaro ha sido un viejo, antes de quitarle respetuosamente el sombrero. Otra enseñanza me dieron á mí mis padres, que incul-

yo á mis hijos, y es, que á toda ancianidad se respete, sin meterse á pedirle á las canas la cédula de vecindad.

Con lo cual, descansados los higados del entendimiento, pasa el Espíritu Santo á dar razones de por qué se mueren los jovencitos.

Allá van.

«Fué arrebatado (el chico que fallece), porque la malicia no alterase su entendimiento, ó para que lo aparente no sedujera su alma. Porque la fascinación de lo vano obscurece el bien, y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia. Consumado en breve, llenó muchos tiempos.»

Caballeros ¡no les entran á ustedes ganas de morirse á toda prisa, al leer eso, para ver si les coge á ustedes en la edad reglamentaria de poder ingresar en el paraíso? ¡No sienten haber vivido los años que cuentan, expuestos á que la malicia alterase sus entendimientos?

¡Extrañarán ustedes de aquí en adelante, que en una sociedad, donde estas sandeces y dislates pasan por sabiduría, se vea con la nefanda indiferencia que se ve en muchos pueblos de España, la muerte de infelicitísimos niños, por quiénes toca la Iglesia á gloria, y para quiénes gentes desnaturalizadas no tienen más oración fúnebre que esta impia bufonada: ¡angelitos al cielo!

Porque, es de saber, y de comentar, que no es cosa baladi más que en sí misma, lo que la *Biblia* contiene. A fuerza de repetirse una mentira, engendra la verdad cuando menos de haber sido dicha muchas veces, y dado que, contra lo que aquí se adula á lo joven y nuevo, los hombres se pirran por llegar á viejos y andan siempre enamorados de vetusteces, las mentiras viejas llegan á parecer verdades, máxime si se le atribuyen al Espíritu Santo, y obligan á pagar contribución para mantener á los que las predicán. Por esto, cosas que en la *Biblia* sólo inspiran las risas que me-

recen los disparates, cuando se ven traducidas, á fuerza de años y predicaciones, en reglas de mala conducta, sublevan los ánimos y dan ganas de emprenderla á puñadas.

Dispénsame, lector, esta desentonación de un instante. Si tienes hijos, y, sobre todo, si te se ha muerto algún hijo, y has oído exclamar sobre su ataud á alguna beata de hocico felino, ¡angelitos al cielo! ¡dichoso él, que tiene asegurada la gloria por toda la eternidad! comprenderás la razón de mi cólera y la razón de la puñada que debiera aplastar los hocicos de referencia.

CXVI

«Entonces estarán los justos con grande constancia contra aquellos que los angustiaron, y que les quitaron sus trabajos.»

Así comienza el capítulo V de *El Libro de la Sabiduría*, como escrito griego lleno de elocuencia y verbosidad, donde más de cuatro poetas han tomado hermosas imágenes para embellecer escritos sobre la nada de la existencia y la fragilidad de las cosas. Mas dejando arrumacos literarios á un lado, diré que en substancia, el *entonces* de cabeza se refiere nada menos, según los comentaristas católicos, que por esta vez no desbarran, al día del juicio final, no sé si por la noche ó por la mañana, que es cuando los justos, desde la gloria, darán dentera á los impíos, que andarán á tizonazos en el infierno.

Aparte lo que entienden los católicos por justos y por impíos, ¿se ha podido inventar necedad más grande que esta del infierno, para contener los malos instintos de los perversos? Porque si yo lo fuese, diría para mi capote: si tan largo me lo fias, echa otra libra, quiero decir, cometamos otro crimen, máxime sabiendo que cuantos hasta la fecha se han metido á profetizar el fin del mundo, se han quedado con un palmo de narices y más corridos que una mona.

Prueba concluyente de la necedad de estas invenciones es, que sus propios inventores, los señores teólogos de todos los tiempos hasta los Papas de nuestros días, se han fiado tan poco de las excelencias de este medio fantástico de coacción moral, que se llama el infierno, que han tenido buen cuidado de emplear otros más seguros y eficaces de prevenirse contra los malvados, cuales son cárceles, cadenas, grilletes, destierros, multas y otros que aconseja el buen sentido, siendo ellos precisamente los que, violentándole, apadriñan todavía la monstruosidad del patíbulo, de que fué buen ejemplo aquel masón renegado que se llamó Pío Nono, condenando á miserable muerte á dos honrados patriotas como lo fueron Monti y Tognetti, que quizá ahora le anden en buena lógica católica, dándole de mojicones de fuego en los infiernos.

Pero no ahondemos más estos disparates, de que en el Evangelio habrá que hablar largo y tendido, advirtiendo solamente que toda esta música de la *Sabiduría*, es cosa así como algo intermediario entre el feroz hebraísmo y el sentimentalismo cristiano, que transpira á Alejandría y á la descomposición universal de ideas que en esta célebre ciudad tuvo lugar.

Hebreo puro es lo que dice que hará Dios con los impíos. Véase.

«Su celo tomará la armadura, y armará á las criaturas para la venganza de los enemigos. »Porque coselete se vestirá de justicia, y por yelmo tomará el juicio cierto. Tomará la equidad por escudo inexpugnable.» «Y aguzará su inexorable ira como á lanza, y peleará con él todo el universo contra los insensatos. Irán derechamente los tiros de los rayos, y como de arco bien tenso de las nubes serán arrojados, y resurtirán á lugar cierto. Y la ira que apedrea, lanzará espeso granizo, se embravecerá contra ellos el agua del mar y los ríos correrán juntos con

furia. El espíritu de virtud se levantará contra ellos, y como torbellino de viento los esparcirá; y su iniquidad reducirá á yermo toda la tierra, y la malicia trastornará las sillas de los poderosos.»

Sillas, yermo, coselete, lanza, rios, arcos, universo por fuera del cual queda el *maremagnum* de los insensatos, ¿puede darse mayor embolismo? ¡Ay, qué miedo! resta exclamar, haciéndole la mamola al Padre Eterno del coselete.

A seguida, la toma con los reyes, cuando gobiernan mal (que es casi siempre), y para exhortarlos á que gobiernen bien, les dice que de no, allá en los infiernos se lo dirán de misas. Los señores reyes (lo que me prueba que, aunque malos, no son del todo tontos), han hecho y hacen de estas palabras del Espíritu Santo tanto caso como del cantar de una carreta.

«Porque al pequeño—les dice—es otorgada misericordia: mas los poderosos poderosamente »padeecerán tormentos.»

Una dedadita de miel á las clases proletarias, ó en otros términos, que ni Dios mismo hace aprecio de los zarramplines y de sus pecadillos. Y á pesar de esto, sin duda para poner en berlina al evolucionismo castelarista, los reyes, aferrados á sus coronas y sin abdicar, para dejarle traer á D. Emilio su pacífica República de caballería, infantería, artillería, guardia civil, carabineros, canónigos y frailes premostatenses.

¡Hay para que D. Emilio en su desesperación se arroje, como la Magdalena, á los pies del Rey de Reyes y le pida por los clavos de Cristo que renuncie á la lista civil!

El Espíritu Santo, menos optimista, se contenta, después de amenazarlos con los tizonazos del infierno, con recomendarles la sabiduría, que es una señora, dice, muy agradecida, que á quien bien la sirve, le hace *incorrupto*, y por la incorrupción le pone cerquita de Dios.

De ser cierto esto y lo que se murmura, el supradicho D. Emilio con sólo alargar la mano, que no supo contener á Pavia el 3 de Enero, le debe tocar la rizosa barba al Padre Eterno.

Hacer incorrupta la sabiduría... ¡Cómo diablos se compaginará esta plana *infallible* con las trescientas mujeres de Salomón y la nariz arremangada y abultados labios de Sócrates? Porque no sé de un solo verdadero sabio que haya pasado por virgen, á no ser Isaac Newton, y aun para darle por tal, tendría que examinar muy despacito, en confesión general, un padre jesuita, conciencia de cierta princesa real de Inglaterra, á quien el gran matemático le arreglaba el almanaque. Porque en esto de la virginidad y de la sabiduría, hay que andar con mucho tiento para que no le den á uno gato por liebre, pues como decía el refrán favorito de Sancho Panza, adonde pensáis hallar tocinos no hay estacas.

Ahora, veamos cómo explica Salomón, suponiendo que él escribiera este libro, su origen:

«Ciertamente (cap. VII) yo también soy hombre mortal (que todo el que habla, come, bebe y »hace otros menesteres, no sea hombre mortal, »sólo se le ha ocurrido á los cristianos. Previendo sin duda la existencia de un disparate su »premo de estas gentes, escribió esto Salomón), »semejante á todos, y del linaje de aquel terreno, »que fué hecho el primero (tiene la prudencia de »no darle nombre: algo es algo) y en el vientre »de mi madre fuí figurado carne.»

—«En el espacio de diez meses (nueve, si usted gusta, Sr. Salomón; aprenda usted á contar »católicamente) fuí cuajado en sangre (y también »en carne, huesos y ternillas) del semen del hombre (tapa, amigo, que puede por ahí andar algún Padre Sánchez, jesuita, que se lo cuele á »una virgen por el oído), y concurriendo el deleite del sueño. (El deleite que concurre en muchos casos de saqueo de ciudades por tropas

»desenfrenadas deja aquí á Salomón un poco
»quebrado, aunque no corrido de haber escrito
»semejantes desvergüenzas, que todo el mundo,
sin echarlas de sabio, sabe y calla.)

Sigue la jerigonza, aunque no la porquería.

«Y yo luego que nací respiré el aire común, y
»caí en la tierra hecha del mismo modo (¡caspiti-
»tal! haberse hecho la tierra como se hace un
»hombre! ¡Tamañitos debieron ser el padre y la
»madre de esta señora, y el instrumento cons-
»tructor!) y dí la primera voz semejante á todos
»llorando. (Vean ustedes que la noticia tiene no-
»vedad.) En pañales fui criado (¡viejos son!) y
»con grandes cuidados. Porque ninguno de los
»reyes tuvo otro principio de nacer. Y así una
»misma es la entrada á la vida, y semejante la
»salida.»

Después de tan enormes vulgaridades, que di-
chas hoy por cualquiera inspirarían lástima, y
le valdrían por indecente una silba general, hace
Salomón un cumplido elogio de la sabiduría, dice
que la amó apasionadamente, y que aprendió
una porrillada de cosas, cuanto hay que saber.
Hay, sin embargo, que creerle sobre su palabra
que era un sabio, pues lo que es por lo que escri-
bió, ó inventó, no se le conoce. Sin duda le dis-
trajeron las buenas mozas á que fué tan aficio-
nado, y por eso dejó para otros sabios que inven-
taran las grandes maravillas del arte y de la
ciencia.

Punto por hoy.

CXVII

Punto por hoy. Así decía terminando mi últi-
ma nota, á 5 de Noviembre del año pasado, con
la noble intención de volver la semana siguien-
te á la consuetudinaria burla de la *Santa Biblia*.

Pero yo propongo, y *el otro yo* dispone, como
es sabido. De aquí, lector amabilísimo, que te
haya tenido más de dos meses sin el habitual

alimento eucarístico-bíblico, que te proporciono
de tan buena y sana voluntad: de aquí, también
que mi cortesía te deba una breve explica-
ción.

Víneme de las orillas del Cantábrico un tanto
mohino, por un tropezón que dí á última hora,
de que todavía se me resiente un pie, y, apenas
descansado del largo viaje, hube de hacer á toda
prisa la maleta, arrastrado de los cabezones por
el otro á Granada, donde ví á Eugenio Sellés
convertido en un Sancho Panza, sin maldita la
gracia; lo que me confirmó en un antiguo pro-
yecto, que en su día explicaré, á fin de que los
grandes poetas no nos fastidien, ni se fastidien,
teniendo que ser gobernadores de provincia para
salir de apuros.

También ví la Alhambra y el Generalife, don-
de tantas y tan buenas *juelgas* debieron correr
los moros y las moras en tiempo de verano, y ví
otras muchas cosas de que no es ocasión de ha-
blar, volviendo á escape á Madrid, donde pen-
sando descansar de tantas andancias, me ví me-
tido en un berengenal de política, al que todavía
no le veo la punta, berengenal que comenzó con
la famosa Velada-Figueras y no sé dónde acaba-
rá, por el cual ya me ha costado un nuevo viaje-
cito á Talavera de la Reina, donde además de
buenos republicanos y hermosas mujeres, hay
un fondista que Dios bendiga y conserve; pues
si un día, para confusión de la Iglesia, me veo
arzobispo (que todo pudiera ser), de fijo le
nombre mayordomo de casa y boca, sobre todo
de boca, que es propia mayordomía del que sabe
hacer riquísimas paellas.

Con todos estos belenes y otras menudencias,
de que he debido darte cuenta en varios artícu-
los sueltos, la *Santa Biblia*, que es el belén de
los belenes, ha estado durmiendo el sueño, no
diré de los justos, que fuera ofender la justicia
suponer que anda al lado de la *Santa Biblia*,

pero sí de los lirones, que dicen en mi pueblo, de los que duermen á pierna suelta.

Al reanudar hoy las burletas, hallo que las dejé donde Salomón cuenta cómo le hizo su padre, cómo le parió su madre, cómo se desarrolló por sí mismo y se encontró hecho un sabio consumado, sin necesidad de estudios ni matriculas, por el siguiente procedimiento rematadamente teológico:

«Por esto deseé y me fué dada inteligencia: é »invoqué y vino en mi espíritu de sabiduría.»

¡Cuántos católicos conozco yo, que esperando ser sabios de esta sencillísima manera, por más que le han invocado, no les ha venido el espíritu de la sabiduría, y se han quedado para toda la vida unos bodoques! Pues es de saber, que eso de llamar al Espíritu Santo es fácil: lo que no es tan fácil es que el Espíritu Santo venga. ¡Suele andar tan distraído!

Después de hallarse sabio por arte de birlibirloque, Salomón hace un elogio cumplido de la sabiduría, diciendo de ella que es buena, que es fuerte, que es hermosa, que abraza todos los bienes, que procede de Dios, y que hace dichoso al que la posee, á lo cual no seré yo ciertamente el que le ponga reparos, sino el sentido común, que considera á los sabios, cuando son enclenques y no tienen una peseta, cosa sumamente ridícula y desdichada. Ya Quevedo nos dejó escrito:

Poderoso caballero

Es don dinero.

y Calderón nos ilustra, cuando dice:

Cuentan de un sabio que un día

Tan pobre y mísero estaba

Que sólo se alimentaba

De las yerbas que cogía.

enseñándonos que en este mundo el ser sabio, no es una garantía para no ir á parar al hospital.

Salomón opina de distinta manera..... pero ¿quién hace caso de Salomón?

Máxime leyendo lo que constituía su sabiduría, con la cual graduarían de alcornoque á cualquier estudiante en la Universidad de Coimbra.

Pues dice textualmente, refiriéndose á Adán: *habiendo sido criado solo*, que es lo propio que dice un pobre hombre, que se disfraza con el ramplón seudónimo de Racillo, y ha venido al mundo del periodismo con la necia pretensión de hacerle cosquillas á estas NOTAS. En primer término no fué creado *solo*, sino acompañado, muy acompañado, según el Génesis; pues habiendo sido creados antes que él los piojos, pulgas, ladillas y demás bichos mortificantes, claro está que desde el primer momento de su existencia, serían una cosa misma con él, ó no tuvo su objeto su previa creación por el Eterno. En segundo lugar, no cumple decir solo, de un mozo á quien Dios le fabricó de una costilla la mujer, con tales primores y dibujos, que á no haberse inventado el matrimonio canónico, valiera la olla más que el alfarero. En tercer lugar... ¡pero á qué voy á pararme á comentar las mil y una necedades que Salomón acumula para declarararnos en cifra la resabida historia de los patriarcas hasta Moisés, diciendo de aquellos desdichados que fueron felicísimos porque llevaban en sí la sabiduría, cosa que jamás ellos propios sospecharon?

Luego se engolfa en teologías sobre la *paciencia* de Dios, que, como un cornudo, les aguanta mil perrerías á los hebreos en el Desierto, adonde con su *misericordia* les conduce después de cien estupendos milagros para atormentarlos de mil diversas maneras.

¡Atame esa misericordia por el rabo y esa paciencia por las pantorrillas!

«Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.»

Siendo la ciencia de Dios la Teología, vuelve,

lector discreto, vuelve esta salomónica sentencia del revés, y tendrás una verdad como un templo; quiero decir, que pienses que todo teólogo es la vanidad personificada, una avellana huera, una nuez podrida, una pera pasada, y te pondrás en razón.

Prueba al canto.

Salomón, con brillante estilo, declara la vanidad de los sabeistas ó adoradores de los astros, que consideran dioses á las hermosas luminarias del cielo, de cuyo principal adorno, del sol, dijo con mucho talento Mirabeau que, si no es Dios, es su primo hermano. Pues bien; quisiera yo que se levantara de su tumba Zoroastro, no menos sabio que Salomón, para que me le diera á este un par de estirones de orejas por negar y afrentar su sistema religioso; con lo cual aprendería el lector que no pueden hallarse juntas dos teologías, sin abofetarse la una á la otra, porque como son dos solemnísimas mentiras, sólo pueden vivir á la greña.

Esta greña es muy conocida en España con el nombre vulgar de *La Inquisición*.

Otra prueba. Oído al parche, señores católicos, que va envuelta una alusión clerical y parroquidérmica:

«Como si algún obrero hábil cortase del monte algún madero derecho, y con destreza le rayese toda la corteza, y empleando su arte hiciese con esmero un mueble útil para uso de la vida. Y gastase los residuos de aquella obra en aparejar la comida; y de lo que sobra de esto, que para ningún uso es útil, un madero torcido y lleno de nudos, fuere á ratos desocupados desvastándolo cuidadosamente, y con la pericia de su arte le diese figura y le hiciese semejar á una imagen de hombre... y le hiciese un nicho correspondiente, y poniéndole en la pared y afirmándole con clavos, usase con él esta precaución, porque no cayere, sabiendo que no puede

»valerse á sí mismo, puesto que es sólo una imagen y ella necesita ayuda. Y haciéndole votos, »le consultare acerca de su hacienda, y de sus hijos y de su boda.»

«No tiene vergüenza de hablar con aquel que está sin alma: y por su salud ruega ciertamente á un inválido, y por la vida pide á un muerto, é invoca en su favor á un inútil: y para un viaje ruega á aquél, que no puede andar, y para el buen éxito de todas sus cosas se recomienda á aquél, que es inútil para todo.»

De mano maestra, de mano maestra ha pintado usted aquí, señor Salomón, á los católicos de mi pueblo, á aquellos borricos que á un mal tarugo de cerezo, tallado en forma de Cristo, le rezan mañana y tarde, pidiéndole salud, fortuna, buenos viajes, buenas cosechas de titos y de lentejas, la curación de algún buey cojo y el buen parto de las ovejas, no teniendo dos dedos de entendimiento para comprender, que el cerezo tallado en forma de Cristo, si pudiera oír y ver y salivear, lo que haría es escupirles á la cara por animales.

Borricos y animales, no os lo llamo yo, ¡oh católicos adoradores de cristos, vírgenes y santos tallados en roble ó en marfil! os lo llama Salomón: es quizá en lo único que acertó.

Del asperjazo de borriquería que lanza Salomón á los adoradores de imágenes, no se libran los señores marinos de la armada real, que tienen famosas patronas de castaños y raíz de olivo, tampoco los de la marina mercante, que suelen gastarlas más humildes, de pino tea ó de haya.

Veán unos y otros lo que de todos ellos dice Salomón, que es lo suficiente para que arrojen toda la caterva de santos y santas de madera, patronos suyos, á los profundos abismos de la mar salada, con buenas barras de hierro atadas á la cocotera, para que no floten.

Oído.

«Pensando asimismo otro día navegar y es-
tando para hacer el viaje por las ondas bravas,
»invoca á un leño, más frágil que el leño que le
»lleva. Porque la codicia de ganar lo inventó, y
»el artífice lo inventó con su saber.»

El famoso padre Scio, al llegar á lo de leño
del versículo que acabo de copiar, dándose sin
duda por personalmente aludido, como buen ca-
tólico, pone la siguiente inocentísima nota:

LEÑO. «Como si dijera: aún hay otra gran-
»de locura de los hombres. Hay quien invoca á
»un leño, esto es, á Neptuno hecho de leño: á
»Castor y Polux, á quienes á este efecto, daban
»culto los gentiles.»

Porque el malaventurado curilla no pensó
que, á los pocos años, vendría yo, en virtud de
mi libre pensador derecho, á decir que leño re-
sulta todo católico; pues con ligeras variantes
de su nota, queda esta convertida en una verdad
universal, que comprende así á los gentiles como
á los católicos, que son unos gentiles como los
otros.

Véase la prueba:

LEÑO. «Como si dejera: Aún hay otra gran-
»de locura de los hombres. Hay quien invoca á
»un leño, á Neptuno hecho de leño (ó el Cristo
»de las Enaguillas hecho de leño) ó á Castor y
»Polux (ó á San Emeterio y San Celedonio), á
»quien á este efecto daban culto los gentiles y
»los católicos.»

Alguna vez había de decir la *Biblia* algo que
tuviera sentido común. Pero, como ves, para
que lo diga, hay que estirarlo y completarlo,
porque el señor Espíritu Santo jamás encajó en
lo cierto.

CXVIII

Aun á riesgo de hacerme pesado, quiero se-
guir á Salomón en sus filípicas contra los ado-
radores de los ídolos, para ver si esos menteca-

tos de católicos, que se pasan la vida al pie de
las imágenes, y esas arrugadas beatas que se
tragan los santos, según la enérgica frase popu-
lar, caen del burro del fanatismo en que van
montados, burro que les enalbardan y arrean
los presbíteros, que los leños en forma de santos
explotan.

Mas el ídolo—dice la Sabiduría—*que es hecho
de manos, maldito es él y el que lo hizo* (ojo, es-
cultorzuelos mamarrachistas, que andáis tras
los cabildos á caza de sanjuanitos y niños dios-
ses); «éste porque de cierto lo fabricó, y aquél
porque no siendo más que una cosa frágil, se le
dió el nombre de Dios.» (Esta maldición á un
tarugo, que ni siente ni padece, la encuentro un
poco cursi; pero si en cursilerías fuésemos á re-
parar, no habría medio de copiar un solo versí-
culo de la *Biblia*).—«Y Dios aborrece igualmen-
te al impío y á la impiedad. Y así la obra que
fué hecha, como aquel que la hizo, padecerá tor-
mento.» (El dar tormento á un San Sebastián de
piedra de Colmenar que tengo yo muy visto, no
sé cómo pueda ser; pero, adelante con los faro-
lazos á la idolatría).—«Por esto no se tendrá
»respeto á los ídolos de las naciones... Porque
»el principio de la formación fué la invención de
»los ídolos, y su hallazgo fué la corrupción de la
»vida. Porque ni los había al principio,» NI SE-
RÁN PARÁ SIEMPRE.

A esta profecía me agarro. Del Espíritu Santo
que la inspiró depende mi conversión. Vean
mis ojos un día un Museo, que contenga en sus
amplias salas todos los mamarrachos escultóri-
cos repartidos por las innumerables iglesias de
España, y vean arder una noche continente y
contenido, previamente rociado de petróleo, y
al mes siguiente me convierto al cristianismo,
convencido de que todas las religiones son una
farsa y toda la teología una necedad.

Entre tanto, que el Espíritu Santo, aguante

los ídolos, y sufra que me ría de sus profecías cada vez que veo la Virgen de la Paloma. ¡Valiente caso hacen de sus filípicas contra la idolatría las recién paridas que van á presentarla sus hijos, viaje que suele valerle al chiquitín un resfriado, á la madre una relajación, y al cura que dice la misa al ídolo cuatro pesetas!

De la monumental paliza que da Salomón á los ídolatrás, debieran predicar esos zascandiles que suben á los púlpitos para excomulgar en tonto á los lectores de estas *Notas* y de *Las Dominicales* que las contienen; pero no lo harán, á fe mía, porque tendrían que citar estas solemnes palabras... y «aquél que entonces había muerto como hombre, comienzanle ahora á adorar como á Dios...» que son la burla más sangrienta de esas siete canonizaciones, que á razón de diez mil duros mamarrachos, acaba de hacer el Papa. Además, quitado el culto de las imágenes de la religión, como han hecho los protestantes, ¿qué sería de tantas cofradías como sirven de pesebre á los presbíteros?—Siga la farsa y siga la ingnomiosa superstición, que yo, cuando algún mentecato me venga á pedir dinero para hacerle una novena á Santa Rita, con tirarle á la cabeza este *Libro de la Sabiduría*, habré salido del paso y conservando los parnés.

Tomado el hilo del apaleamiento, Salomón acaba con la madeja de la idolatría. Después de abominar de los escultores, abomina de los plateros y de los pintores que fabrican imágenes humanas, destinadas á recibir el culto de los hombres. Y, pareciéndole todavía poco, abomina también de los alfareros que, cansados de hacer botijos, se dedican á fabricar san isidritos de barro, concluyendo por abominar de los que fabrican animales sacros. Porque, parecerá mentira, pero es una realidad: los teólogos, en su locura, no se han contentado con postrar de ro-

dillas á los católicos delante de los santos de barro, ó de madera, ó de metal, sino que han llevado su explotación de la estupidez humana hasta el extremo de arrodillarlos también delante de una caterva de animales que, para mayor escarnio del sentido común, acompañan obligadamente á los santos. Tan obligadamente que, de fijo, el escultor que tallase un San Roque sin tallar un perro al lado, no hallaría quien le comprase su muñeco, que sin el mastín y la llaga, no sería abogado de la peste.

Porque hay una zoología puramente canónica. Cada evangelista lleva su animalejo asociado: el uno un toro, el otro un águila, el tercero un león, el cuarto un mulo, ó mula; que como al cuadrúpedo le he visto siempre pintado de frente, no le he podido distinguir el sexo. San Antonio Abad, es incomprendible sin un cerdo á sus pies; San Benito Labre sin una docena de pijos haciendo volatines en sus puercas barbas; el Espíritu Santo va figurado en una paloma blanca, porque parda ó acanelada no sería ya la tercera persona de la Santísima Trinidad; San Isido sin su pareja de bueyes por delante sería una paradoja; Santiago, sirviendo en infantería ó ingenieros, no sería Capitán de las milicias celestes, ni patrón de España, sino un lillipendi, mientras que á la jineta en un caballo blanco de mucha cola y mucha crin gana batallas á los moros; también San Martín y San Jorge, han de ir á caballo por toda una eternidad, sin romper la entrepierna de los calzones; una Purísima sin apretarle con los pies las fauces á un serpentón, no hubiera concebido y parido en un pesebre, también entre animales, al Hijo de Dios; el borrico aparece en los altares con San José tirándole del ronzal, siempre que la Virgen huye á Egipto; San Pablo da ocasión perpetua para exhibir un pajarraco con un pan en el pico, que quiere representar un cuervo, y... basta;

que me canso de recorrer toda la caterva de animales á que dan culto los católicos, no más adelantados, con todas sus infulas de sabiduría en materia teológicas, que los salvajes del interior del Africa ó la Oceanía, que se comen los unos á los otros como aquí sucede con íntegros y mestizos, de que el tiempo andando, sólo quedarán los rabos. Amén.

Y aún adoran á los más viles animals..., dice Salomón, hablando de ellos. ¡Cuestión de simpatías y afinidades! digo yo.

Después de haber hablado tanto y tan bien de los idólatras y de la idolatría, Salomón nos habla de las codornices milagrosas ¡uf!... y del maná milagroso ¡uf!... y de la serpiente de bronce ¡uf!... y de la columna de humo y de fuego del Desierto ¡uf!... y del paso á pie enjuto del mar Rojo ¡uf!... y de mil otras majederías, dislates, burradas y sandeces, que tengo larga y oportunamente ¡anotadas, para risa y entretenimiento de desocupados.

Porque es de saber, que en este *Libro de la Sabiduría*, en que tan al pelo se azotan y vapulean los dioses de las *naciones*, se barbariza de lo lindo acerca del Dios fantástico de los hebreos, una quisicosa que respiraba sin tener narices, ni siquiera figuradas como los ídolos; que andaba sin desgastar los zapatos, en caso de que los usara; que hacía una serie de barbarasadas, y es llamado paciente y misericordioso, que sufría como un cornudo mil una perradas de su pueblo, y es alabado por fuerte y celoso; un Dios-Providencia, en suma, que es un comodín en boca de los necios, para explicar lo que no entienden, del modo y manera que se le antoja á la ignorancia supina é incurable de los teólogos.

Pongo por caso.

¿Llueve á su tiempo y crece el trigo? Pues es la providencia de Dios que bendice y recompen-

sa los afanes del labrador, porque este es bueno, ó si es malo, para darle tiempo á que se arrepienta. ¿No llueve y se lleva la trampa la cosecha? Pues también es la providencia de Dios, que si el labrador es bueno, quiere probarle con un castigo, y si es malo, le castiga para prevenirle y hacerle reflexionar que, fuera de las patatas y las zanahorias, hay un Dios Todopoderoso, que si se le atufan las narices, fabrica un temblorcito de tierra, lo echa todo á rodar y... prepara una rogativa muy productiva á sus presbíteros, para evitar nuevas catástrofes, ó si hay bienandanza, para que esta dure largo tiempo.

Porque el resumen y compendio de toda teología y de todo providencialismo, es este refrán que dice el cura para su sotana, viendo desfilar los animales bipedos sin plumas delante de su altar: *vivos y muertos todos son nuestros*.

Bueno será, sin embargo, que los prebisteros vayan ensayando esta coletilla al refrán: *menos esos tunarras de librepensadores, que saben bien del pie que cojeamos*.

CXIX.

DE «EL ECCLESIASTICO»

Después de escribir con las dos *ces* con que escriben los cultos el nombre de este rancio libro, debería ocuparme inmediatamente de su autor, un Jesús, pero no el Jesús Nazareno á quien mandó dar de azotes Poncio Pilato, sino otro Jesús, hijo de Sirach, de quien no se sabe fuese azotado de mayor; pues de niños, el que más y el que menos hemos recibido lecciones con argumentos maternos en las posaderas.

Pero la cortesía exige de mí, antes que las divagaciones biográficas sobre el judío que escribió *El Eclesiástico*, disculpas por no haber-